

El correspondiente a París.  
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa episcopal

Redac.<sup>ón</sup> y Admón.  
37 y 19 rue Maubeuge.  
París.

Año IV. - Núm. 562.

París 7 de Noviembre 1888.

### La situación.

Ha causado una emoción ciertamente justificada entre los republicanos avanzados que apoyan sinceramente a la situación, el rumor - que a la hora presente parece confirmado - de haber el gobierno acordado la persecución judicial contra M.<sup>r</sup> Edouard Drumont a propósito del libro que recientemente ha publicado con el título de El fin de un mundo.

No conocemos de dicho libro más que la sensación que produjo al ser lanzado a la publicidad; pero sabemos también - y es forzoso que lo hagamos constar - que fue una sensación sana la que produjo como cuantas vienen excitadas por todos los actos que suponen en sus autores un cierto valor cívico y, sobre todo, una absoluta sinceridad e independencia.

No es ciertamente poca cosa ponerse uno mismo, voluntariamente, en lucha tenaz con las preocupaciones de esto que se ha convenido en llamar la sociedad; arrebatarle a sí mismo todos los apoyos oficiales y oficiosos; privarse espontáneamente de todos los concursos influyentes; y confiar su destino, su porvenir y su fortuna a los aráres de la publicidad, al éxito más o menos afortunado de un libro cuya venta o salida (según la frase vulgar del "argot" de los negocios) depende solo del reclamo que con frecuencia suele fallarle sobre todo si el espíritu de camaraderismo se niega sistemáticamente a concederle su merecido apoyo.

Pues esto que M.<sup>r</sup> Edouard Drumont había ya hecho una primera vez con su célebre libro - hoy día de notoriedad histórica - La Francia judía, acaba de repetirlo con una nueva publicación, no menos atrevida, parece, no menos valiente, pero no menos sincera y concienzuda: El fin de un mundo.

Paris 7 de Noviembre de 1848.

F.º 2.

¿Qué es lo que contiene El fin de un mundo? No nos importa saberlo, sobre todo en este sitio donde no acostumbramos hacer nunca lo que se llama propiamente crítica literaria. Encontrámonos tan solo en presencia de un libro, de una obra esencialmente personal, de una manifestación vigorosa y espontánea de un pensamiento audaz, si se quiere, pero por esto mismo quizá, de una generosa trascendencia como suelen serlo todas las que son hijas de una iniciativa espontánea y sincera.

Esta obra, pues, es la que todos los liberales, avanzados quisieran sustraer a las persecuciones judiciales que se anuncian, las cuales, en su concepto - independiente-mente del resultado, que sería probablemente muy distinto de lo que se busca - constituirían en rigor un atentado contra la libertad de la prensa copiado de los tiempos más ominosos del antiguo régimen.

Muchos son los periódicos que se han ocupado últimamente de este delicado asunto; la inmensa mayoría de la prensa republicana se resiste, con todo, a creer que la medida represiva de que se habla se lleve definitivamente a cabo. El gobierno - queremos creerlo - lo reflexionará mucho antes no se decida en esta cuestión en favor de los pocos que, por sentirse aludidos colectivamente en el citado libro, juzgan conveniente que este vaya a parar a manos del tribunal en la esperanza de obtener contra él un veredicto condenatorio.

Los más que se ocupan de este asunto entienden ser ya una gravísima imprudencia el hecho de dejar a la incertidumbre de un fallo o a las complacencias de un tribunal una solución social de tanta trascendencia como la que resultaría de una absolución o de una condena. - M.º Edouard Drumont condenado, no significaría precisamente y solamente la libertad de la prensa atacada, y si más bien, y sobre todo, la libertad del pensamiento. En una palabra, esto sería - dicen - el despotismo puro y simple renaciendo de sus propias cenizas. En cambio M.º Edouard Drumont absuelto, es la condena solemne de ese mundo cuyo fin predice.

Así, pues, no es extraño que los republicanos den al gobierno la voz de alerta, significándole cuán impropia medida sería la de perseguir judicialmente al autor del libro a que nos referimos. Siguiendo por esta vía - dicen - lo que se lograría sería desfogar la libertad para matar la República.

Bosquejo de una novela. - Si heury de creer lo que dice un corresponsal de la Independencia Belga en Londres, el celebre explorador Stanley, de quien se ha hablado tanto estos dias a consecuencia de haberse desmentido la noticia de su muerte, estuvo a punto de abandonar la ejecucion de su ultimo atrevido proyecto de expedicion a causa... de una mujer.

La historia (o la novela) tenia lugar hace unos dos años, cuando Stanley habitaba en Londres una casita de New Bond Street. En aquella epoca Stanley, ya bastante canso aunque no tenia mas que 45 años, enamoricose tiernamente de una joven y hermosisima inglesa, la cual, a su vez, sentia una profunda admiracion hacia el que llamaba el pequeno grande hombre. Lutoucy se le ocurrio la idea de tirar su blusa de explorador y de encerrarse para siempre en los gozes tranquilos del matrimonio. Ciertos que la joven en cuestion no era rica; pero, en cambio Stanley, que habia sido esplendidamente retribuido poco tiempo antes por el New York Herald, que habia ganado a razon de cien mil francos por año al servicio del Rey de los belgas, sin haber tenido la mas pequena ocasion de hacer grandes gastos ni cuando estaba en medio de los abisimos de Madagascar cuando tenia sus reales entre los Bangalas del Congo, Stanley, deciamos, contaba con suficiente fortuna para proveer a las necesidades del matrimonio sin necesidad de que la novia le aportara ningun dote.

Parece, sin embargo, que en el momento de declararse, un sentimiento algo raro y a la vez un escrúpulo bastante noble hubieron de contenerle. Sus largas y continuas ausencias del mundo civilizado le habian vuelto tímido en los salones, sobre todo cuando se encontraba al lado de señoras. Al mismo tiempo tenia asi como un vago remordimiento de la especie de traicion que iba a cometer con respecto al Africa, en el fondo su verdadera patria, aquella region todavia inexplorada a donde le habian conducido tantas y tan gloriosas misiones, y a donde le llamaban todavia sus naturales instintos y sus invencibles aficiones. - En tal incertidumbre y no sintiéndose con valor para pedir la mano de su adorada inglesa, abrio su corazón a un amigo confiable sus cuantas; rogándole que comunicara sus intenciones al hermano de la pretendida y dándole a comprender de una manera discreta que se casaria con unichisimo gusto con tal que la joven en cuestion se decidiera cambiando completamente los papeles - a dar el primer paso. Esto hubiera tenido algo del desenlace del Abate Constantino, si bien en otro modo y en distintas condiciones.

Pero una cosa es la vida real con su prosa y sus exigencias, y otra cosa es la novela y la comedia. Como comprenderán perfectamente nuestros lectores, la púdica hija de la nebulosa Albion no pudo en modo alguno resolverse a tomar la decidida iniciativa que se esperaba de ella; o, a lo menos, titubeó durante largo tiempo, tanto, que Stanley, llamado imperiosamente al Africa para realizar la expedición que estaba de organizarse, para ir en auxilio de Emin-Pachá, al fin, de Inglaterra sin haber recibido contestación a su demanda y sin atreverse siquiera a volver los ojos hacia el rincón de la gran cité donde su corazón había quedado preso en las redes de la joven y pudorosa lady.

Esta es la última historia - o romance - que leemos leída a propósito del intrépido explorador Stanley.

Y si, lector, quisieres ser conciso,  
como me lo contaron te lo cuento.

El proceso Prado (segunda sesión) "Aquí, en mi bolsillo, tengo las pruebas de mi inocencia; yo las pondré de manifiesto cuando llegue la ocasión". El acusado pronunció diferentes veces esta frase en la sesión de ayer; pero la verdad es que se pasó toda la audiencia sin que en el curso de la misma se decidiera a sacar a relucir tales flamantes pruebas.

Y sin embargo, de tenerlas en su poder como afirma, habría obrado cautamente dándolas a conocer al Jurado, puesto que, si bien es cierto que encuentra siempre una contestación oportuna - descabada si se quiere - pero ingeniosa a cuantas preguntas o cretiones le presenta el presidente del tribunal, no es menos cierto también que, por muy hábil y fuerte que sea en su sistema de defensa, cualquier ya a plégarse bajo el peso de las presunciones, si no de las pruebas, que contra él se van poco a poco acumulando.

Al final de la sesión de ayer, sobre todo, el acusado pareció divagar y contradecirse, lo cual ha sido tanto más extraño cuanto que, durante toda la primera parte del interrogatorio, su defensa había sido tan hábil y al propio tiempo tan atrevida, que había llegado a poner la duda en todos los espíritus. - Cúbitil decir que toda la sesión fue una verdadera escaramuza, un tirroteo continuo de preguntas, respuestas e interrupciones recíprocas entre Prado y el presidente del tribunal a quien el acusado propuso varias cuestiones con gran contestación del público, a modo siempre de una clase de pugilatos.

última hora (New York, N) Por los datos de la sesión de ayer, presúmese que el candidato...

(Nota: 9910 82145 = Juan: 2230 = Panamá: 257150 = M. Laparra: 327150)